

# HELMANTICA

REVISTA DE HUMANIDADES CLASICAS  
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

AÑO IX

SEPTIEMBRE-DICIEMBRE DE 1958

NÚM. 30

## SUPERVIVENCIA DE CICERON

El 7 de diciembre del 43 a. C., caía, segada su cabeza por los emisarios de Marco Antonio, el príncipe de los oradores romanos, Cicerón. \* Su indomable energía y su tesón en defender la legalidad y el respeto a las instituciones republicanas, amenazadas por los planes imperialistas de los que a la sazón detentaban el poder, le granjearon el odio a muerte de uno de los cónsules del momento. A menos de dos años de distancia de la muerte del prepotente César, Cicerón pagaba también con su vida la fe en sus arraigadas convicciones y la perseverancia en mantenerlas con la espada de su arrebatadora elocuencia. Moría mártir de su ideal político en un momento crucial de la historia de Roma.

Es sintomático que esto ocurriera precisamente a los veinte años exactos \*\* de la gran apoteosis y exaltación de Cicerón, victorioso de Catilina y sus conjurados. El vigilante cónsul del 63 desaparecía ahora de la escena del mundo al golpe de una espada comprada a peso de sestercios por la villanía de uno de los cónsules. Una vez más se cumplía en él la ley inexorable del destino, simbolizada en lo que los antiguos llamaban la

---

\* Esta comunicación fué presentada y leída en la sesión de homenaje a Cicerón organizada el 25 de noviembre por la Sociedad Española de Estudios Clásicos, sección de Salamanca.

\*\* Téngase en cuenta, sin embargo, la reforma del calendario realizada por César.

«Helmántica», 30 (1958).

*deorum invidia*, que, poniendo en juego las pasiones humanas, a tantos héroes ha ido derribando del pedestal de su gloria.

Con la muerte de Cicerón el Estado Romano quedaba huérfano. Marco Antonio había hecho matar al «Padre de la Patria». La cabeza sangrante de la víctima, expuesta con malévolamente intención en la parte más llamativa del foro, sirvió para dar público testimonio del furor demoníaco del asesino y para proclamar, con el mudo pero elocuente balanceo de aquella lengua lanceteada por la vesania de una vengativa esposa, la supervivencia a perpetuidad del muerto en los anales de la historia. El fondo oscuro de esta escena macabra sirvió para dar más realce y mayor aureola a la figura de la víctima. Desde aquella tribuna donde Cicerón, el ídolo del pueblo romano, se había cubierto tantas veces de gloria, parecía estar repitiendo a las generaciones futuras aquella frase que más tarde cinceló Horacio en el bronce de sus versos:

NON OMNIS MORIAR <sup>1</sup>

Cicerón no tuvo sepulcro. Es posible que Marco Antonio llevara su inhumanidad hasta el extremo de dejar que los chacales y las aves de rapiña se cebaran en el cadáver de la víctima. Era la mayor deshonra para un Romano. Tampoco hubo honras fúnebres para Cicerón. A pesar de ello, no le faltaron panegíricos ni epitafios. Uno de estos, bien elogioso por cierto, fué dictado por el propio Octavio Augusto, arrepentido de haber cedido por debilidad, y quién sabe si por política, a las reiteradas e injustas exigencias de su colega en el consulado. Nos lo ha conservado Plutarco, uno de los primeros biógrafos del gran Arpinate. El epitafio a que me refiero quiere hacer destacar dos de las cualidades más sobresalientes en Cicerón, su elocuencia y su patriotismo. Reza así en su frescura original:

Λόγιος ἀνὴρ..., λόγιος καὶ φιλόπατρις <sup>2</sup>

<sup>1</sup> HOR., *Carm.* 3, 30, 6.

<sup>2</sup> PLUT., *Cic.* 49, 5.

Este elogio forma parte de un fragmento idílico con el que Plutarco parece querer amortiguar el tono tétrico de las últimas páginas de la vida de su biografiado. Cuenta que Octavio encontró un día a uno de los nietos de Cicerón leyendo las obras de su ilustre abuelo. El chico, en un momento de sorpresa y de zozobra, trató de ocultar con disimulo el libro; pero Octavio se lo tomó complaciente, leyó un momento y se lo devolvió diciendo enfático: «Toma, chico. Tu abuelo fué un orador, un orador sí, y un patriota».

Aún siguió Octavio reparando la ofensa y el desatino de Marco Antonio.

Después de la batalla de Filipos, no sólo otorgó el perdón incondicional al hijo de Cicerón, sino que el año 30 lo asoció a su consulado<sup>3</sup> y poco después presentaba al Senado una proposición mandando votar que todas las estatuas y estelas erigidas en honor de Marco Antonio fueran inmediatamente destruidas y que en adelante ningún miembro de la familia de los Antonios pudiera llevar el nombre de Marco, nombre hecho glorioso por Cicerón y deshonorado para siempre por su asesino Marco Antonio<sup>4</sup>.

Quedaba públicamente vindicada la memoria del ilustre Arpinate. Octavio César Augusto había proclamado ante el mundo su acendrado patriotismo y su dominio de la palabra como orador.

Pero Cicerón fué eso y mucho más. Su figura polifacética resulta muy difícil de abarcar de un simple golpe de vista. Cuantos se acercan a contemplarla serenamente y sin prejuicios quedan asombrados. Su misma grandeza les deslumbra.

Hay ciertamente quienes, o por defecto visual o por un secreto sentimiento de envidia, o no aciertan a ver sus relevantes méritos o se niegan a reconocerlos. A veces esta actitud no es sino una como natural reacción ante las excesivas ponderaciones de sus admiradores. Es el caso de Erasmo en su *Ciceronianus sive de optimo genere dicendi*, y el caso más ex-

---

<sup>3</sup> SEN., *De ben.* 4, 30, 2: «Ciceronem filium quae res consulem fecit nisi pater?».

<sup>4</sup> Cf. PLUT., *Cic.* 49, 6.

traño aún de Mommsen y de la escuela positivista alemana, que presenta a Cicerón como un vulgar periodista. Entre otros, nuestro Menéndez Pelayo, autoridad indiscutible en crítica de arte, y más tratándose de Cicerón a quien conocía a fondo por haber traducido él varias de sus obras y haber dirigido la edición completa de la *Biblioteca Clásica*, ha dado una respuesta contundente a Mommsen y sus seguidores: «Mucho sentimos, dice, diferir de la opinión de Mommsen, historiador tan grande como apasionado, y en quien no es acaso el sentido de lo bello la cualidad dominante. Sea por exaltado cesarismo, que llega a considerar a los enemigos del Dictador (César) como enemigos personales suyos, sea por amor a la paradoja o por mera antipatía de gusto individual, o por afán de buscar en la historia armas para la polémica contemporánea, Mommsen se ha ensangrentado con la memoria de Cicerón, negándole, no sólo toda fortaleza moral y política, sino hasta el talento literario, del cual la humanidad entera le ha considerado siempre como uno de los tipos más perfectos. A los ojos de Mommsen, Cicerón no es más que un abogado y un periodista en el peor sentido de la palabra. Si hay algún periodista en este negocio, el periodista no es ciertamente Marco Tulio, sino Teodoro Mommsen, que con toda su enorme ciencia y su peregrino talento de adivinación y reconstrucción, no se ha librado muchas veces de la común calamidad moderna de escribir la historia en estilo de periódico, y de mirar lo pasado con los ojos de lo presente»<sup>5</sup>.

En cuanto a la mordaz crítica de Erasmo, él mismo dice que no se propone de ninguna manera apartar a los jóvenes de la lectura de Cicerón, lo cual, añade, sería una insensatez, sino enseñarles el verdadero camino de la imitación para que lleguen a juntar la facundia de aquel sumo orador con la piedad cristiana<sup>6</sup>. En realidad, Erasmo no hacía sino lanzar un

---

<sup>5</sup> MENENDEZ PELAYO, *Historia de las Ideas Estéticas en España*, Edición Nacional de las Obras Completas, I, p. 118, Madrid, 1940.

<sup>6</sup> «Non ut eloquentiae candidatos a Ciceronis imitatione deterream: quid enim insanius? Sed ut ostendam, quo pacto fieri posset, ut vere Ciceronem exprimamus, et summam illius viri facundiam cum christiana pietate copulemus». Cf. MENENDEZ PELAYO, *Biblioteca Hispano-Latina Clásica*, III, p. 229, Edición Nacional de las Obras Completas XLVI, Madrid, 1950.

acta de acusación contra un movimiento ciceroniano que, con la exaltación desmedida de Cicerón, como único canon artístico, amenazaba eclipsar tantos otros modelos de la antigüedad griega y romana.

Efectivamente, el culto apasionado por Cicerón había dado comienzo con el Renacimiento. El propio Petrarca se vió envuelto en el mismo al menos en sus primeros años: «En aquella edad, son sus palabras, yo no era capaz de comprender lo que leía; pero era tanto el deleite que experimentaba en la armónica disposición de las palabras de Cicerón, que cualquier otra cosa que me fuese leída u oída me producía un sonido ingrato y desacorde»<sup>7</sup>.

Este culto a Cicerón llegó a excesos de verdadero fanatismo, hasta el punto de considerar como vitando todo otro estilo, giro o palabra que no llevara el cuño de dicho escritor romano. Fué éste un movimiento verbalista que anteponía la forma de expresión a otros valores de más peso. La obsesión ciceroniana llegó en algunos a los límites de la locura, como cuentan del humanista belga Longolio, que se pasó diez años leyendo sólo a Cicerón para no contaminarse con la lectura de otros escritores y luego se pasaba los días componiendo discursos al Senado y al pueblo romano como si le hubiera tocado vivir a él los días del gran tribuno. Erasmo con su mordaz diatriba contra los ciceronianos puso en ridículo tales extravagancias y abrió cauce a un sabio eclecticismo, propugnado ya anteriormente por Poliziano y poco después por nuestro Juan Luis Vives, quien en sus *Diálogos* supo cristalizar su amor a Cicerón en la discreta aceptación de los neologismos, dando con ello una prueba de la vitalidad del latín y de su adaptabilidad a las diferentes etapas del pensamiento humano e imitando con ello al propio Cicerón, quien en sus tratados filosóficos y en sus cartas no duda en acuñar palabras y giros nuevos o, en

---

<sup>7</sup> «Sola me verborum dulcedo quaedam et sonoritas detinebat, ut quidquid aliud vel legerem vel audirem, raucum mihi longeque dissonum videretur». Cf. MENENDEZ PELAYO, *Apuntes sobre el ciceronianismo en España*, en «Bibliografía Hispano-Latina Clásica», III, p. 220.



su defecto, acudir a expresiones y voces griegas con que reflejar más al vivo y matizar mejor su pensamiento <sup>8</sup>.

A través de la reacción anticieroniana del Renacimiento y más aún a través de la campaña difamatoria promovida por la escuela mommseniana, muchos modernos se han formado de Cicerón una idea menguada y hasta errónea. Para los tales Cicerón no es sino un político fracasado y un escritor verbalista y superficial, sin otra función en la historia de la cultura que la de atormentar las mentes y amargar la vida de los estudiantes de latín. Los mismos recuerdos algún tanto borrosos, que estos tales guardan en su bachillerato pseudoclasicista, vienen a confirmarles en la idea asaz menguada que de Cicerón se han formado. En el mejor de los casos, no aciertan a figurárselo sino como un orador tonante lanzando los rayos de sus imprecaciones desde las nubes de sus catilinarias.

Menéndez Pelayo sale al paso a esta concepción errónea de Cicerón en una página memorable del prólogo a la edición completa de las obras del gran escritor romano: «Es Cicerón —dice— un escritor de quien todo el mundo celebra y admira algunos rasgos, quizá de los menos selectos, dejando en olvido

---

<sup>8</sup> Sobre el tema de la influencia de Cicerón en el mundo existe una bibliografía abundante. Recomendamos las siguientes obras:

R. SABBADINI, *Storia del Ciceronianismo e di altre questioni letterarie nell'Età della Rinascenza*, Torino, 1885.

MENENDEZ PELAYO, *Apuntes sobre el Ciceronianismo en España, y sobre la influencia de Cicerón en la prosa latina de los humanistas españoles*, en «Biblioteca Hispano-Latina Clásica», III, pp. 177-271.

G. TOFFANIN, *Storia dell'Umanesimo*. Hay traducción alemana, *Geschichte des Humanismus* (Woernerweer, 1941) y traducción española, *Historia del Humanismo* (Buenos Aires, 1953), que es la que tenemos a mano.

TH. ZIELINSKI, *Cicero im Wandel der Jahrhunderte*, Leipzig, 1912.

L. LAURAND, *La reputation et l'influence de Cicéron*, en «Les Humanités» (Classe de Lettres), Hatier, Paris, 8 (1932), 232-236.

E. REMY, *Cicéron est un honnête homme*, en «Nova et Vetera» (Bruxelles, 1933), pp. 543-554.

H. I. MAROU, *Défense de Cicéron*, en «Revue historique», 117 (1936) 51-73.

W. RÜEG, *Cicero und der Humanismus*. Formale Untersuchungen über Petrarca und Erasmus. Rhein-Verlang, Zürich, 1946, XXXI-139, en 8.º.

M. TESTARD, *Saint Augustin et Cicéron*, Paris, 1958.

sus producciones más personales y características, más útiles para conocer la sociedad romana, y más sabrosas y de más provecho, dadas las actuales aficiones literarias. Los recuerdos del aula nos abruman, y mucha gente no sabe más de Cicerón que del libro de clase, y le imagina como a un declamador cuasi energúmeno, envuelto entre las nubes del «*Quousque tandem*», enamorado de la elocuencia teatral y de aparato, y puesto constantemente en escena. Nada menos que eso. Aunque haya en Cicerón amor excesivo a los recursos retóricos y a la pompa del estilo; aunque su oratoria, sobre todo en los discursos políticos, se aleje mucho de la austera sobriedad de Demóstenes, ni dejan tales defectos de estar compensados con soberanas bellezas, cuales nunca alcanzó orador alguno en la tierra, ni todas sus obras pertenecen a ese género. Cuando Cicerón diserta tranquilamente de política, de filosofía, de religión o de arte oratoria; cuando familiarmente escribe a sus amigos sin pensar en los aplausos del foro y del Senado; cuando a su vanidad (a veces intolerable, aunque cándida, y después de todo disculpable en un hombre que había hecho grandes cosas) del rey de la palabra y del hombre público, se sobrepone su alma de artista y aquel simpático y generoso amor que profesaba a la filosofía y al arte de los griegos, de quienes es el más aventajado expositor y discípulo; entonces, *no dudo en afirmarlo, es Marco Tulio el primer prosista de la tierra, y a la vez uno de los escritores más agradables y a quienes se toma más cariño. ¿Puede compararse nada a la plácida elegancia, serenidad y tersura, a la urbanidad discreta, a las áticas sales, a la claridad y precisión, a la nobleza y precisión de ideas, a la mezcla delicadísima de erudición y buen juicio que dondequiera esmaltan los diálogos del Orador, el Bruto, los Oficios, las Tusculanas, la Naturaleza de los Dioses, los libros De Finibus, el Sueño de Escipión o las epístolas? ¿Dónde más variedad y halago?»*<sup>9</sup>.

César, gran conocedor de los hombres y de las letras, a

---

<sup>9</sup> MENENDEZ PELAYO, *Obras Completas de Marco Tulio Cicerón*, tomo I, pp. V-VII, Biblioteca Clásica, Madrid, 1882; Cf. *Biblioteca Hispano-Latina Clásica*, III, 272-273, Edic. de las Obras Completas, XLVI, Madrid, 1950.

pesar de su antagonismo político con Cicerón, no dudó en concederle la primacía de la pluma y considerarlo como el primero de los escritores por su facundia y su inventiva <sup>10</sup>. A él le dedicó una de sus obras perdidas, la *De Analogia*.

Quintiliano, en ese su excelente tratado de pedagogía que se llama *Institutiones Oratoriae*, coloca a Cicerón en el vértice de los modelos que se han de presentar a la juventud estu-  
diosa, reconociendo que la medida para conocer el progreso literario está en el mayor o menor acercamiento y gusto que se sienta hacia el príncipe de los oradores romanos: *Hunc —dice— igitur spectemus. Hoc propositum sit nobis exemplum. Ille se profecisse sciat, cui Cicero valde placebit* <sup>11</sup>.

Con esto Quintiliano no hace sino aplicar al caso concreto de Cicerón la teoría del valor formativo de los clásicos. No hay duda; el contacto con los grandes escritores es el camino más seguro para llegar también un día a serlo. Ellos van ejerciendo su magisterio de manera callada pero eficaz en cuantos se les acercan. Además, el trato con los clásicos despierta cada vez con más fuerza el amor y la afición hacia ellos, y este mayor amor y afición que se les profesa hace que se despierte más y más en nosotros el deseo de leerlos, aprenderlos e imitarlos.

Sin salirnos de la literatura pagana podríamos alargar indefinidamente estos testimonios laudatorios. Pero, ¿y los escritores cristianos? Cicerón ha sido para ellos uno de los autores preferidos. Lactancio, Ambrosio, Jerónimo fueron fervientes ciceronianos. Se deleitaron leyendo y aprendiendo sus obras, hasta el punto de dejar impregnadas de reminiscencias ciceronianas muchas de las páginas de su no escasa produc-

---

<sup>10</sup> Cic., *Brut.* 72, 253: ac si, ut cogitata praeclare eloqui possent, nonnulli studio et usu elaboraverunt, cujus te paene principem copia atque inventorem bene de nomine ac dignitate populi romani meritum esse existumare debemus.

<sup>11</sup> QUINT., 10, 1, 12. Poco antes, el mismo Quint. (10, 1, 108) ha sintetizado su juicio sobre Cicerón en estas palabras: «Mihi videtur M. Tullius, cum se totum ad imitationem graecorum contulisset, effinxisse vim Demosthenis, copiam Platonis, jucunditatem Isocratis».



ción literaria. Gracias a ellos se han podido reconstruir largos fragmentos de obras perdidas de Cicerón. ¿Y cómo ponderar el entusiasmo de un San Agustín que no duda en concederle la primacía entre los escritores latinos <sup>12</sup>, y reconoce en él al verdadero pedagogo que preparó su vuelta a la fe y al amor de Cristo? <sup>13</sup>. Nos haríamos interminables si quisiéramos recoger tantas frases de elogio, tantas alabanzas y panegíricos como han dedicado a Cicerón los escritores cristianos de todos los siglos. Tal vez uno de los más atinados y más elocuentes sea el que, dentro del bimilenario y semanas antes de su muerte, brotó de labios del llorado Pontífice Pío XII. Con ello queremos dar aquí público testimonio del sentimiento que nos causa la rápida desaparición de un pontífice al que tanto deben las letras y la cultura clásicas y al mismo tiempo hacer caer en la cuenta de ese merecido elogio, perdido en el discurso del Papa a los miembros del VII Congreso Internacional de Arqueología Clásica <sup>14</sup>. En él, con pleno conocimiento del momento cultural en que vivimos, llama a Cicerón, *autor de ideas*, como queriendo salir al paso del concepto puramente verbalista en que hoy día es tenido por muchos. Si así no fuera, ¿se hubiera atrevido una mente tan privilegiada como la de San Agustín a presentarnos a Cicerón como a un auténtico filósofo (*sapiens*) que no sólo sabe iniciar, sino también hacer progresar la verdadera filosofía? <sup>15</sup>. ¿Cabría entonces hablar de él

<sup>12</sup> AUG., *De magistro*, 5, 6: «Quid in lingua latina excellentius Cicerone inveniri potest?».

<sup>13</sup> Cf. AUG., *Confess.*, 3, 4, 7. C. M. TESTARD, *S. Agustin et Cicéron*. Paris, 1958.

<sup>14</sup> «Nous en trouvons un témoignage chez la jeunesse étudiante catholique d'Afrique Central du Congo Belge par exemple, qui, formée à l'humanisme dans les écoles catholiques, montre une compréhension surprenante du monde antique et de ses classiques, surtout de ceux qui, comme Cicéron, traite largement des idées». Cf. L'Osservatore Romano (11-sept.-1958).

Que Cicerón fuera un hombre de gran facilidad de palabra no hay quien lo ponga en duda. En carta a Atico (XII, 52, 3) bromea él mismo sobre el «*verba... quibus abundo*». Cuando habla en serio reconoce que su labor es del auténtico pensador y filósofo. Cf., por ej., *De fin.* 1, 2, 6; 2, 7, 17; *De off.* 1, 2; *Tusc.* 1, 1; 2, 20 etc. Plutarco nos dice (*Cic.* 32, 4) que gustaba más de ser llamado filósofo que retórico.

<sup>15</sup> AUG., *Contra Academ.* (Leipzig, 1922, p. 9): «Ergone Cicero sapiens

como del demiurgo de la cultura helénica <sup>16</sup>, y considerarle como el vehículo y principal representante de la cultura occidental? <sup>17</sup>.

Yo invito a toda persona culta que, a merced de prejuicios y propagandas anticiceronianas, viva aún bajo la impresión de un Cicerón capitidismuido y vulgar, a que lea detenidamente sus obras; más que sus discursos, sus obras filosóficas y sobre todo sus cartas, donde él ha ido dejando día a día, paso a paso, las emociones de su alma noble, con una espontaneidad y una viveza difícilmente superables. El contacto directo con el Cicerón auténtico, no el de la fábula, despertará en todo espíritu sincero y selecto un sentimiento de admiración y de simpatía irresistible. Es tal la transparencia, la hondura humana, la armonía que aprisiona su prosa sugestiva que no es extraño que su obra haya sufrido victoriosa la prueba de veinte siglos amontonando sobre sí toda clase de laureles.

Para Laurad, uno de los que más han profundizado en el conocimiento de Cicerón, es él el mejor prosista de Roma y va en cabeza entre los mejores del mundo <sup>18</sup>.

---

non fuit, a quo in latina lingua philosophia et inchoata et perfecta?». Cf. R. KÜHNER, *M. Tullii Ciceronis in philosophiam ejusque partes merita*, Hamburg, Perthes, 1825. Cicerón mismo tiene conciencia de su misión como filósofo y transmisor de la filosofía griega. En el pórtico de las Tusculanas dice: «Philosophiae fontes aperiemus, e quibus etiam illa manabant (I, 3). Y poco antes, en las Tusculanas (I, 1): «...hoc mihi latinis litteris illustrandum putavi, non quia philosophia graecis et litteris et doctoribus percipi non posset, sed meum semper iudicium fuit omnia nostros aut invenisse per se sapientius quam graecos aut accepta ab aliis fecisse meliora, quae quidem digna statuissent, in quibus elaborarent».—En el último núm. de «Latinitas», 6 (1958) 163-176, A. BACCI trata esta materia, con muy buenas referencias bibliográficas, en un artículo que titula: *De philosophandi genere M. T. Ciceronis deque «testimonio animae naturaliter christianae» in eius scriptis*.

<sup>16</sup> TOFFANIN, *Historia del Humanismo*, Buenos Aires, 1953, p. 183.

<sup>17</sup> MEILLET, *Esquisse d'une histoire de la Langue Latine*, Paris, 1948<sup>5</sup>, p. 207: «Par là, Cicéron, qui en a été le représentant le plus actif, est l'un des créateurs de la civilisation universelle moderne». La semblanza que hace aquí Meillet del orador romano (pp. 205-217) es una de las más entusiastas y calurosas.

<sup>18</sup> Cf. L. LURAND, prólogo al *De Amicitia*, de la Coll., Budé, Paris, 1952<sup>3</sup>, p. VIII.

Vives analiza y comenta el *Somnium Scipionis*, obra tan exigua en dimensiones como rica en contenido, única parte del *De re publica* conocida en su tiempo, y no duda en anteponerla a todas las obras de la literatura profana <sup>19</sup>.

Menéndez Pelayo se hace lenguas del discurso *Pro Archia poeta*. Dice de él que lo saben de memoria todos los que han recibido educación clásica <sup>20</sup>. ¿Cabe, en efecto, un elogio más acabado, más natural, más profundo que el que hace Cicerón de las letras en este discurso en defensa de su antiguo maestro? <sup>21</sup>.

Un crítico de literatura universal de la categoría de Jünnemann no sabe con qué palabras ponderar las dotes de Cicerón: su facundia, su elocuencia, su gusto, su gentileza de estilo, la suavidad de su lenguaje. Dice de él que no hay quien le supere en ninguna de estas cualidades. Le llama artífice excelso y rey de la palabra humana. Y, a vuelta de otros muchos elogios, añade que, si entre todas las obras que brotaron de su incansable pluma, hubiera él de señalar una de las más bellas, se decidiría por el *Diálogo de la vejez*, que da una idea cabal de su arrebatadora elocuencia y de la gracia suma de su estilo <sup>22</sup>.

Naturalmente que, a pesar de estos juicios sumamente laudatorios, no se puede ni se debe canonizar todo en Cicerón. Su vida y sus escritos tienen también sus lunares. Eulenberg <sup>23</sup>, uno

<sup>19</sup> VIVES, *Obras Completas*, traducidas por Lorenzo Riber (Edic. Aguilar, Madrid, 1947, I, p. 630), donde llama al *Sueño de Escipión*, «la pequeña gran obra de Cicerón, la más elegante y erudita para mi gusto —dice él— de todas las que escribió».

<sup>20</sup> MENENDEZ PELAYO, *Hist. de las Ideas Estéticas*, I, p. 126, nota, Edic. Nacional de Obras Completas, tomo I, Madrid, 1940.

<sup>21</sup> CIC., *Pro Arch.* 7, 16: «...at haec studia adulescentiam alunt, senectutem oblectant, secundas res ornant, adversis perfugium ac solacium praebent, delectant domi, non impediunt foris, pernoctant nobiscum, peregrinantur, rusticantur».

<sup>22</sup> G. JÜNEMANN, *Hist. de la Literatura*, Friburgo de Frisgovia, Herder, 1901<sup>2</sup>, p. 91.—Sicco Polentoni se muestra en toda su obra entusiasta admirador de Cicerón, a quien llama «magister summus et lumen» (p. 266), y llega a decir que no sabe de nadie que haya leído atentamente sus escritos y haya manifestado desdén hacia él (p. 269): SICCONI POLENTONI, *Scriptorum illustrium latinae linguae libri XVIII*, edited by B. L. Ullman, American Academy in Rome, 1928.

<sup>23</sup> H. EULENBERG, *Cicéron* (106-43 av. J.-C.), Payot, Paris, 1935.

de sus modernos biógrafos, por cierto de los más serenos y objetivos, estudia, como es lógico, el anverso y reverso de su biografiado, cuya psicología es tan curiosa como complicada. Hombre ingenuo, entusiasta, apasionado, con un fondo de honradez y de bondad que encanta; pero también vanidoso, infatuado con la fama de su consulado, sin reparar en airear sus glorias apelando a toda clase de elogios. Valiente en la lucha contra Catilina y en las Filípicas contra Antonio, pero cobarde en determinadas situaciones políticas y familiares cuando sobre él se cierne la adversidad. Su profesión de abogado que tantos y tan merecidos triunfos le hace cosechar, compromete también más de una vez su dignidad moral y su posición política. La conducta con su mujer Terencia, repudiada después de 30 años de vida marital, resulta extraña a nuestra mentalidad, sobre todo si se la considera en contraposición con las tiernas manifestaciones de dolor paterno ante la muerte de su hija Tulia. Por lo demás, Cicerón amó profunda y sinceramente a su patria y, hombre cultísimo, legó a la posteridad un tesoro de valor incalculable en su rica producción literaria. El balance, si bien se le considera, es en definitiva muy favorable a Cicerón, y, a vista de él, quedan más en ridículo las absurdas apreciaciones de Mommsen y su escuela, que, si algo prueban, es que Cicerón no ha muerto; vive aún en pleno siglo veinte despertando ahora, lo mismo que en su vida, el cariño de sus amigos y el odio de sus adversarios. Ante él nadie siente la frialdad del cadáver. Alabando su memoria o maldiciendo su nombre irán desfilando los siglos. La historia del ciceronianismo es una elocuente lección de la perenne supervivencia de su protagonista.

En realidad, Marco Antonio no logró cortar la vida de Cicerón. A pesar del asesinato perpetrado en Formias, Cicerón, su espíritu, lo que él encarna de valores eternos, siguió viviendo a lo largo de estos veinte siglos de historia, y pervive aún sosteniendo e informando con su influjo lo que tiene de permanente la cultura occidental.

JOSE JIMENEZ DELGADO, C. M. F.